

ILDEFONSO FALCONES AUTOR DE «LOS HEREDEROS DE LA TIERRA»

# «Barcelona se hizo rica gracias al mar»

El escritor barcelonés publica la secuela de «La catedral del mar», novela que vendió más de seis millones de copias

BEATRIZ PÉREZ

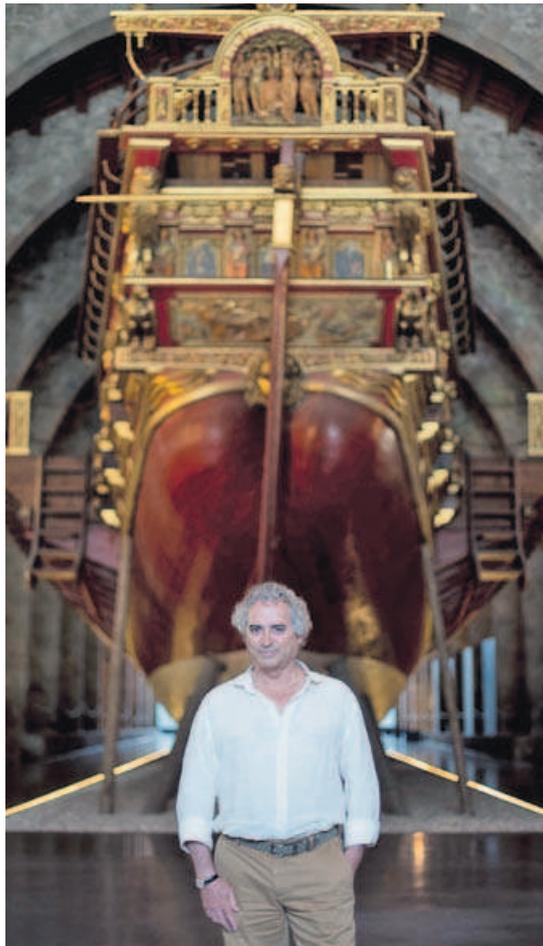
BARCELONA / E. LA VOZ

Diez años después de la publicación de *La catedral del mar*, el abogado y escritor Ildefonso Falcones (Barcelona, 1959) regresa con la segunda parte de una novela que le procuró más de seis millones de ejemplares vendidos y sustanciosos ingresos económicos. Acabó envuelto hace unos meses en un caso de acusaciones de fraude a Hacienda, aunque los argumentos del fiscal no convencieron al juez, que archivó la causa. *Los herederos de la tierra* (Grijalbo), presentada hace unos días en Barcelona en medio de un ostentoso despliegue editorial (y con una tirada inicial de 400.000 copias), sigue la historia del *best seller* recreando la Barcelona medieval de la mano de un nuevo protagonista: Hugo Llor, el hijo huérfano de un marinero. —«Los herederos de la tierra» arranca en 1387, tres años después de donde finaliza «La catedral del mar». Si bien esta última exploraba el barrio de la Ribera, la localización ahora se centra en el Raval. ¿Por qué?

—Por la propia historia. Esa época es cuando se está cercando el barrio del Raval con la nueva muralla y cuando se terminan de construir las atarazanas [instalaciones donde se fabricaban embarcaciones]. En 1401 se levantó en este barrio el Hospital de la Santa Creu. Es decir, la vida de Barcelona en aquel momento, desde el punto de vista urbano, se traslada al Raval, que sigue siendo un barrio muy humilde.

—¿Qué papel jugó el Raval en el crecimiento de la Barcelona de aquella época?

—Poco. Todo esto se hizo porque se creía que la gente no cabría en Barcelona —la ciudad tenía 40.000 habitantes y se consideraba ya superpoblada—. Después llegó la peste, que diezmo la población. Aunque se urbanizó el barrio del Raval, gran parte de él eran huertos y viñas, algo que permaneció hasta el siglo XVIII. El que se construyera en este barrio el Hospital de la Santa Creu —el primer gran hospital de Europa— se debió a que el rey Pedro III prohibió a las grandes instituciones construir dentro de Barcelona, por eso se fue al Raval. Este hospital juega un



Falcones, en las reales atarazanas de Barcelona, uno de los escenarios de su nueva novela histórica, «Los herederos de la tierra». QUIQUE GARCÍA EFE

papel especial en *Los herederos de la tierra* porque el protagonista es corredor de vinos y, en un momento determinado, se dedica a la elaboración del vino destinado al hospital.

—Este protagonista no es ya Arnau Estanyol, sino Hugo Llor. ¿Por qué deja de lado a Arnau?

—Arnau Estanyol se queda en *La catedral del mar* con sesenta y tantos años. No tenía mucho juego ya desde el punto de vista literario. Al querer hacer una novela histórica que tratara temas de una época, Arnau no podía continuar, necesitaba a una persona joven.

—Hugo Llor llega a trabajar en viñedos y años después se convierte en corredor de vino. ¿A qué se debe que el mundo del

vino esté tan presente en esta novela?

—Primero porque a los personajes hay que dotarlos de un medio de vida. Tienen que hacer algo. Y a mí el mundo del vino me apasiona. Además, en esa época había muchas viñas en Barcelona. El cultivo del vino era imprescindible porque la gente bebía vino, no agua. A los enfermos se les procuraba vino en la comida; a los soldados igual. El agua podía estar infectada. Y, en última instancia, el mundo del vino me permitió, en una época en que nadie viajaba, desplazar al personaje por otras zonas de España.

—Hugo soñaba de niño con ser constructor de barcos. ¿Cuál era la importancia que jugaba el mar en la Barcelona medieval?

—Mucha. Todas las grandes ciudades de la época eran ciudades marítimas: Génova, Pisa, Venecia... El gran comercio se efectuaba por mar, no por rutas terrestres, los terrenos se conquistaban también por mar. Barcelona tenía consulados a lo largo de toda la costa mediterránea. El mar era por un lado el que procuraba las posibilidades de comercio y por otro las batallas contra Génova por ejemplo —con la que estábamos constantemente en guerra—, la conquista de Sicilia, Nápoles... El mar fue la vía por la que Barcelona se construyó al mundo y se hizo rica.

—Esa Barcelona de finales del siglo XIV era próspera.

—Así es. Era un buen momento para Barcelona y Cataluña. Sin embargo, Barcelona empieza a notar ya la decadencia. Como recoge *Los herederos de la tierra*, en esa época se produce el Comproyecto de Caspe y entra un rey castellano en la Corte de Barcelona, el Infante Fernando de Antequera [Fernando I de Aragón]. Es decir, cambia por completo la dinastía. La corte se castellaniza. Y yo creo que Cataluña empieza a perder peso, y Barcelona con ella. Hubo una crisis demográfica, los burgueses que antes habían impulsado el comercio ahora se convierten en rentistas, intentan emular a los grandes nobles —compran tierras en lugar de mercader— se produce una confrontación entre el patriciado burgués y los menestrales. En fin, todo empieza a degenerar un poco. A mediados del siglo XV, el rey Alfonso V [hijo de Fernando de Antequera] se va a vivir a Nápoles y tarda 30 años en volver a la Corona de Aragón. Todo eso llevó a un principio de decadencia en Barcelona.

—¿Podría decirse que con Fernando de Antequera se produjo una «castellanización» de Catalunya?

—Sí. Él era un rey castellano que no sabía catalán. Los nobles que lo acompañaban eran castellanos y tampoco sabían catalán. Hasta ese momento los idiomas oficiales en Cataluña eran el latín y el catalán; el castellano no existía, era un idioma extranjero. Eso sentó mal a los nobles catalanes. Eso sí, la llegada de un rey castellano benefició a los ricos y perjudicó mucho a los pobres. —¿Por qué?

—Porque los reyes catalanes, de la casa condal de Barcelona, habían apostado por los campesinos como contrapeso al poder de los nobles. Así que todos estos nobles y burgueses creyeron —y lo consiguieron— que votando a un rey castellano podrían pactar con él. Así fue. El rey dictó leyes muy perjudiciales para los campesinos.

PARA LEER



«Un año en los bosques»

Sue Hubbell

Traducción de Miguel Ros González

Errata Naturae Editores

299 páginas. 19,50 euros

H. J. P. REDACCIÓN / LA VOZ

El texto fue publicado en 1983, pero *Un año en los bosques* es ya todo un clásico irrenunciable, que arraiga con naturalidad en la recia estirpe del *Walden* de Thoreau, cuya lectura, por cierto, está en el origen de la aventura vital que narra. Dice en el prólogo el Nobel francés Le Clézio que a menudo ha soñado con «un libro en el que la poesía fuera como una respiración, en el que el lenguaje nos acercara su música», y concluye: «Creo que el libro de Sue Hubbell es ese libro». Y no cabe duda de que en su letra están los cautivadores sonidos de los bosques de las montañas Ozarks, situadas en el medio oeste de Estados Unidos, en Misuri, y donde se enclava la granja de la autora. Pocos como Hubbell han sabido interpretar el pentagrama que sutilmente escribe la naturaleza cada día, paciente, sin esperar que haya un auditorio de científicos o hippies que lo aprecien. La periodista y activista Sue Hubbell (Michigan, 1935) entiende que son demasiados los impuestos que paga a un Gobierno que ampara la guerra de Vietnam y en 1973 abdica de su estilo de vida. Apenas tenía 40 años. Decide emprender el regreso a un entorno todavía indómito y monta una arriesgada explotación apícola para poder salir adelante. Hubbell es una mujer fuerte, pero sobre todo comprende que su papel no es ocupar un territorio habitado por la vida salvaje sino compartir empática y razonablemente ese espacio con los animales y plantas que forman parte de la montaña. «Al ser humana, soy una gran entomética: manipulo, altero, modifico. Eso no es ni bueno ni malo, solo humano, de la misma manera que la serpiente que come ratones y mosqueros solo es serpentina. Pero, al ser humana, tengo un tipo de mente que me permite reconocer que cuando manipulo y altero cualquier parte del círculo hay repercusiones en el conjunto». Sabiduría en estado puro. En fin, una lección de vida.

«El relato desplaza su foco del barrio de la Ribera al Raval, cuando se levantan la nueva muralla y las atarazanas»

«Hasta Fernando I de Aragón los idiomas oficiales en Cataluña eran el latín y el catalán; el castellano no existía»